CAPILLA ALFONSINA

ALEGORIA QUINTA.

La serenidad, acompañada de aspereza, no siempre conviene á la debilidad de nuestra humanidad: algunas veces es lícito divertirse y gozar de gustos honestos; y como la naturaleza, así como entre los animales crió á las monas, entre los pájaros el buho, ó bien mochuelo y la lechuza; tambien entre los pescados crió á los delfines paraque sirviesen de recreo á todos los demas de su especie: así parece que tambien ha criado ciertos hombres, que nacen para servir de instrumento de nuestra risa y diversion. O, y cuántos hay!

Herminio y Cacaseno.

Herm. Bájate, que has montado al reves.

Cac. Nunca podré yo estar mejor de lo que estoy. No me has dicho tú que el Rey te ha enviado paraque me conduzcas?

Herm. Es verdad que lo he dicho: pero qué es lo que tú infieres de esto?

Cac. Pues mira; toma tú la brida del caballo, y condúceme, que de esta suerte obedecerás á tu amo; y yo de esta manera no veré los peligros que tengo de pasar.

Herm. Buena compra hemos hecho: ya he llegado á ser lazarillo de caballo, en lugar

de serlo de un ciego; no es buena la fresca de este marmoto, con figura de camueso?

Pasó accidentalmente un paisano, que iba á la corte, llamóle Herminio, y le mandó que llevase de las riendas el caballo de Cacaseno, y que fuése de aquel modo hasta la misma puerta de palacio, y allí le esperase, y fue con órden de que al entrar fuésen con él soldados para su resguardo, temiendo que los muchachos no apedreasen á Cacaseno, y á buen librar le tiráran de naranjazos. Apretó el caballo Herminio, llegó á palacio, y halló los Reyes á un balcon, esperando ver la entrâda de Polan, que con la relacion del criado de Herminio habian tenido; mientras este les daba noticias de las aventuras, que le habian sucedido por el camino con Cacaseno, llegó en este mismo tiempo lo que tanto deseaban, y vieron venir á Marcolfa, al paisano que conducia el caballo de Cacaseno, y él montado al reves: traia tal confusion de populacho tras sí, unos con silbdos, y otros con gritos, que parecia dia de carnestolendas con máscaras ridículas. Cayó tanto en gracia de los Reyes toda esta bulla, que no se puede ponderar. Llegaron á palacio, los hicieron subir, y Marcolfa entró delante, y despues de hacer una grande reverencia, el Rey le dijo:

CAPILLA ALFONSINA

Rey, Marcolfa y la Reina.

Rey. Marcolfa, seas bien venida, que despues de tanto tiempo no juzgábamos vivieses.

Marc. Yo para servir á V. Mag. vivo, y cuanto viva seré su esclava.

Rein. Marcolfa, no me conoces? No te acuerdas de mí?

Marc. Señora, son tantas las obligaciones, gracias, mercedes, favores y dádivas, que tengo recibidas de vuestra generosa mano, miéntras estuve en esta corte con mi hijo Bertoldino, que tengo siempre delante de mis ojos las imágenes de los dos; y no lo digo por adulacion; pues, aunque pobre montañesa, nunca la gasté, diciendo siempre la verdad desnuda. Y este modo de portarme, y el ser agradecida, lo aprendí de un hombre como Bertoldo, agudo y sentencioso en sus proverbios, que bien entendidos, pueden servir de mucha doctrina al que atento los leyere. Muchos dijo, y entre los muchos que le oí decir, me gustaron estas sentencias:

El pobre que es soberbio, es veneno acerbo.
El pobre que se humilla, es sincera avecilla.
El pobre que es tramposo, es peor que el oso.
El pobre verdadero, es como el cordero.

Rein. Es cierto que son dignas de reflexion; pero dejando esto por ahora, adónde está Cacaseno?

Marc. Señora, conmigo venia; pero no le veo: ay pobre de mí, adónde se habrá quedado! Pues juntos veníamos.

Oyendo esto alzó un criado una cortina, é hizo entrar á Cacaseno, que traia una puerta arrastrando: el Rey y Reina comenzaron á reir de ver tan buena entrada, sin saber el motivo de tal estravagancia: pero el mismo criado la descifró, por haberse hallado presente, y sin poder contener la risa, dijo:

Rey, Criado y Cacaseno.

Criad. Sepan vuestras magestades, que al tiempo de subir la escalera de palacio, miéntras Marcolfa entraba en la sala, este salvaje le dijo á un criado que tenia gana de hacer aguas; lo llevó á un lugar destinado para este fin, y así que entró, le dijo: Cuando vuelvas á salir, tráete la puerta hácia á tí: y el gran bruto así lo ha hecho, que la ha desgoznado, y la lleva arrastrando tras sí, y de esta suerte le traemos paraque le veais.

Rey. Díme, Cacaseno, para qué traes arrastrando esa puerta?

Cac. Y qué se te da á ..?

Rey. Mucho se me da, que como dueño de casa quiero saberlo.

Cac. Con que si eres el dueño de casa, será tuya esta puerta, y tú me dirás lo que tengo de hacer con ella.

Rey. Sí, suéltala.

Cac. Puerta, ya te suelto, que el dueño de la casa te da licencia; marcha, marcha, que ya pesas demasiado, y no te puedo sostener; obedece, puerta, que sino te cascará el amo de casa.

Con semejante simpleza llegó Marcolfa muy enfadada, y se la quitó, mandándole que hiciese una cortesía á Rey y Reina, y postrándose de rodillas, besase las manos á entrambos: obedeció Cacaseno; pero fué poniéndose en cuatro pies, boca abajo, y así puesto empezó á decir:

Cacaseno y Marcolfa.

Cac. Oh, señores mios! Ya veis mi cortesía tan reverente, tirándome por el suelo, como mi abuela me lo ha mandado; ya no falta mas de que me metais el dedo en la boca para besaros la mano: venid, que os estoy aguardando.

Marc. Qué haces, jumento, de esa suerte? No quieres besar la mano?

Cac. Pues no me has dicho que les haga la cortesía, y que de rodillas bese la mano á los dos? Ea pues, ya estoy con las rodillas en el suelo, díles que vengan, se las besaré, que ya tengo ganas de merendar.

Los Reyes celebraron mucho una sencillez tan grande, y le mandaron levantar, y llamando á un criado, que se llamaba Atilio,

le ordenaron le llevase á merendar. Interin se quedó Marcolfa disculpando al inocente Cacaseno.

Marcolfa, Rey y Reina.

Marc. Serenísimos señores, habeis de contemplar, que Cacaseno no es nada menos ignorante que su padre Bertoldino; en fin, tal cual es el árbol, así ha salido el fruto, por lo que os ruego no estrañeis sus simplezas: yo le he conducido á la corte muy gustosa, para dar á conocer que soy obediente á los mandatos de mis Soberanos; pero espero al mismo tiempo licencia para volverme cuanto ántes á mi casa, siendo de vuestro real agrado, al que sólo por complacer he venido.

Rey. Está bien. Y Bertoldino vive todavia?

Marc. Está vivo y sano, y despues que llegó á mas crecida edad, empezó á tener razon y juicio, cosa que parece fabulosa; pero así es: despues de algun tiempo se casó, y de este matrimonio ha nacido Cacaseno; y os aseguro, que no hubiéramos podido suportar los gastos de la boda y otros infinitos, si no hubiera sido por las dádivas con que las piedades de vuestras reales personas nos han favorecido; y aun despues de todo nos ha quedado lo muy bastante para vivir medianamente, segun nuestro estado, para toda nuestra vida.

Rein. Es cierto lo que me dices de Bertoldino?

Marc. Verdad es lo que os he dicho; pues yo diria una mentira á mi Rey y señor, aunque me costára la vida! Y si no os causa enfado, quisiera contaros un caso de aquellos que referia Bertoldo, mi marido, al intento; y es de uno, que diciendo una mentira á su príncipe perdió mil pesos por eso.

Rey. Refiérelo, que para mí será de especialísimo gusto.

Marc. Habia un príncipe, y este tenia un criado muy querido: sucedió, que un hidalgo, viendo la familiaridad que tenia con su amo, buscó modo de comunicarle una pretension, y esperando por este medio alcanzarla, en premio le ofreció mil pesos si la lograba: el sonido de tan apetecible metal abrió las puertas de su avaricia, prometiéndole que haria todo lo posible paraque se le despachase á su favor la pretension que deseaba. No dilató mucho tiempo hacer la súplica el familiar, quien luego recurrió al príncipe, y le pidió le concediese la gracia; y para lograrla mas fácilmente, añadió una mentira, diciendo, que el favor que suplicaba era para la persona de un hermano suyo. El príncipe respondió, que se veria en ello, consultándolo con el ministro de su inspeccion, y que despues de resuelto, se le daria la respuesta. Como las mentiras no tienen alas, y el embustero necesita de una gran

memoria, despues de algunos dias el príncipe se acordó que en cierta ocasion le habia dicho su criado que no tenia hermano alguno, con que para aclarar la verdad quitóse de cuentos, y secretamente hizo llamar al hidalgo pretendiente; llegó á la audiencia, y el príncipe le dice: Tú me has de decir la verdad, y si no quedarás privado de mi gracia. Le respondió el hidalgo: Que sin dificultad daria noticia de lo que se le preguntase. Entónces le interrogó el príncipe: Díme, fulano es hermano tuyo? Respondió el hidalgo que no. Le volvió á replicar; pues por qué te ha prometido y facilitado la pretension que deseas? El hidalgo respondió: Señor, le he prometido y asegurado darle de gracias mil pesos. Dijo nuevamente el príncipe: Pues dame á mí los mil pesos, que la gracia yo te la concedo; y te mando, que no hagas ningun recurso á tu amigo. El familiar ó criado, no hallándose sabedor de lo que habia pasado con su mano y el hidalgo, un dia viéndole de buen semblante, le hizo memoria de la gracia que le habia suplicado para su hermano; y el príncipe entónces con grande agudeza le dijo: Bien puedes buscar otro hermano, porque aquel que tú pensabas, que era tuyo, lo es mio.

Rey. Una respuesta fué muy pronta y una invencion muy graciosa; pero volviendo á nuestro primer discurso, por qué motivo has omitido darnos noticias de tu persona? Pues

todos los años hubiéramos tenido el gusto de regalarte.

Marc. Indiscreta es toda persona que no se contenta con lo preciso: bastante hemos disfrutado de la magnanimidad de vuestras reales personas con tantas dádivas, como nos disteis al tiempo de nuestra partida: con lo que habemos sacado de sus valores, hemos comprado muchas tierras y posesiones, de suerte que con todo lo que gozamos, podemos vivir mejor que otros de mayor esfera.

Rey. Por qué no te has vestido de aquel paño fino y lienzo delgado que llevaste?

Marc. Porque nuestra infeliz montaña requiere vestidos toscos, el pan mezclado con centeno, y beber continuamente agua; y con esta comida se mantienen los cuerpos con la mayor robustez y sanidad.

Rey. El que se contenta con su estado es feliz; pero me parece una gran simplicidad mantenerse de misturas, y beber agua, pudiendo comer bien, y beber mejor.

Marc. No, señor, que es muy malo beber vino aquel que no está acostumbrado, y es la peor cosa para la salud; y para prueba de eso, quiero contar un suceso, acaecido á un caballero aleman, que me acuerdo que lo contaba mi marido por cosa cierta; y ya que viene á propósito, de aquellos á quienes les gusta el vino, si me prestais atencion, le contaré brevemente.

CAPILLA ALFONSINA

Rey. Estamos prontos, y así puedes empezar.

Marc. Un caballero aleman determinó salir de su patria para ir á ver la maravillosa ciudad de Roma, y reconocer el delicioso reino de Nápoles; púsose en camino con un criado de toda su mayor confianza, práctico en tales paises: llegaron á Bolonia, y el caballero mandó al criado que se adelantase, y que en todas las ciudades, villas, lugares y aldeas que hallase por el camino real, parase en todas las tabernas, y probase si habia buen vino; y cuando lo hallase, para señal de que era bueno, escribiese sobre la puerta de la taberna una cláusula latina que dijese *est*, que queria decir, aquí hay buen vino. El criado cumplió con el precepto, y cuando el amo llegaba, si veia *est*, se paraba allí un dia, tanto por la curiosidad de ver aquella poblacion, como para gustar de tan deliciosa bebida. Fueron caminando por la Romanía: llegó el criado á un lugar de Toscana, situado entre Florencia y Siena, que se llama Pogíbonce, se paró en una hostería, que la llaman de las Llaves, halló en ella de tres géneros de vinos, moscatel, verdéa y treviano; con tan buen hallazgo el criado puso el letrero tres veces *est, est, est:* llegó su amo, tendió su rancho, y mandó que le sacaran de todos los tres vinos; bebió de ellos, y cada uno le gustó á cual mejor: se detuvo allí tres dias, sin saciarse de beber, y llegó á

tanta demasía, que le sobrevino una sufocacion tan repentina, que en pocas horas le llevó la mala trampa. El criado, que iba adelante, haciendo el alojamiento del buen vino para su amo, le avisaron del suceso; volvióse atras sumamente melancólico con tan funesta noticia: pasó á participarla á los parientes de su amo y á todos sus amigos, los cuales preguntándole de qué habia muerto su amo, así les respondia:

EST, EST, EST.
Propter nimium EST,
Dominus meus mortuus est.

Con que aplicando el cuento, vuelvo á decir, que el vino es muy nocivo, engendra infinitos desórdenes y enfermedades; lo que no nos sucede á nosotros en la montaña, en donde nadie lo bebe, ni aun les gusta, pues mas apetecemos nuestras aguas cristalinas, que con dulce ruido se despeñan de los cóncavos de las fuentes, las que cuando las bebemos, llegan tan delicadas y gustosas, que nos libran de todo género de indigestiones.

Rey. Es cierto que ha sido muy graciosa la historia y muy adecuada; pero por cuanto me hago cargo de que estarás muy cansada con el motivo del viage, te mando y es mi gusto que vayas á descansar, y despues volverás con Cacaseno.

El Rey llamó al mayordomo, y le mandó,

que á Marcolfa la condujese al cuarto que se le habia destinado; entró y vió á Cacaseno tendido en el suelo gritando:

Cac. Ay, ay, ay!

Criad. No le puedo hacer callar.

Marcolfa preguntó el motivo al criado.

Marc. Qué es lo que ha sucedido?

Criad. Has de saber, que despues que merendó, me dijo que queria dormir: yo juzgando que no fuese tan simple, le dije que se subiese sobre esa cama, y el se agarró con manos y pies de una de las colunas de ella, que cuando llegó al remate no se pudo sostener la coluna, con que se rompió, y él dió en tierra con todo su cuerpo, como le ves.

Marc. No te maravilles de esto, porque en nuestra montaña, como no se usan camas de esta moda, se ha imaginado que el cielo de ella era en donde él se habia de echar á dormir; y creedme, que este ha sido el motivo. Ay desdichada de mí! Qué es lo que veo? El no habla. Cacaseno? Cacaseno?

Cac. Déjame, no me despiertes, que estoy durmiendo.

Marcolfa le levantó del suelo hecho un cesto de sueño, y le tendió sobre la cama, cerró las ventanas, y le dejó durmiendo. En este intermedio el criado fué á dar cuenta á los Reyes del suceso, los que se quedaron admi-

rados de semejante ignorancia, y al mismo tiempo se maravillaban de la memoria tan feliz que conservaba Marcolfa de todos los dichos de Bertoldo. Volviendo de nuevo á hacer conmemoracion de la inocencia de Cacaseno, cuando se puso boca abajo, esperando que le diesen la mano para besarla, retozándoles el impulso de la risa una sencillez tan rara, como querer tambien subirse al cielo de la cama; redoblando la risa, haciéndole volver á contar la historia, y siempre la celebraban con mucho mas gusto: el Rey le mandó que volviese á ver lo que pasaba, y cuanto mas ántes le diese noticia de las novedades que sobreviniesen con el inocente Cacaseno. Miéntras que estaba durmiendo, Marcolfa, cansada del viage, y cómo habia comido bien, se fué á descansar; pero cuando estaba en lo mejor de su sueño, la dispertó un gran golpazo, que dió Cacaseno de la cama abajo.

Cacaseno y Marcolfa.

Cac. Ay de mí! Ay infeliz de mí! Dónde estoy?

Marc Qué ruido es este? Qué te ha sucedido?

Cac. Qué ha de ser? Que me he caido de la cama, y se me han saltado los ojos del casco.

CAPILLA ALFONSINA

Marc. Habrá muger mas desventurada que yo? Qué dirá Bertoldino y Dominga cuando sepan que estás ciego? Adónde estás?

Cac. Si estoy ciego, cómo quieres que te vea?

Marc. Espera, abriré las ventanas.

Cac. Alegría, alegría, abuelita, que ya me han vuelto los ojos.

Marc. Salvage, cómo puede ser que estuvieses ciego? Seria el motivo el que las ventanas estaban cerradas: levántate de ahí: te has hecho mal?

Cac. Bastante, porque siento un gran dolor en las ancas; pero este no me da mucho cuidado y se puede dar por bien empleado por el hallazgo de mis ojos.

Estando Marcolfa y Cacaseno en estas ignorantes razones, el criado á quien habia enviado su amo paraque supiese lo que sucedia, se estuvo escondido todo este tiempo detras de una mampara, y despues que vió todo lo dicho, sin poder contenerse de risa, marchó con gran priesa á dar noticia al Rey de todo lo que habia oido, y lo de la pérdida de los ojos de Cacaseno; fué estremada la risa, y mas, que el criado lo contaba con suma individualidad y bufonada: díjole la Reina al criado, que llevase un recado á Marcolfa de que tenia precision de hablarle; que era cosa sobre dependencia suya, que no permitia pérdida de tiempo, y que se

viniese ella sola, dejando á Cacaseno en el cuarto: obedeció el mandato; dió el recado á Marcolfa, y ella dice á Cacaseno:

Marcolfa y Cacaseno.

Marc. Cacaseno, me precisa el ir á ver á la Reina, y me ha enviado á decir que vaya sola, con que así tú te quedarás aquí, hasta que yo vuelva.

Cac. Yo tambien quiero ir allá, porque tengo miedo de quedarme aquí solo, y puede suceder que vuelva á perder los ojos otra vez.

Marc. De qué tienes miedo? Calla, que no sucederá este caso; quédate, que yo seré breve lo mas que pueda.

Marcolfa cerró la puerta con gran priesa, á fin de que Cacaseno no se escapase tras de ella: empezó á gritar de tal modo, que parecia un becerro; y hasta que encontró unos juguetes con que divertirse, no hubo forma de callar: llegó Marcolfa delante de la Reina, y dice:

Marcolfa y la Reina.

Marc. Serenísima señora, aquí me tienes pronta para obedecer tus preceptos.

Rein. Querida Marcolfa, yo me acuerdo que cuando estuviste la otra vez en la corte con Bertoldino, me descifraste ciertas dudas enigmáticas, acaecidas en un juego, en que

yo me hallé con unas damas y caballeros; y como yo tengo mañana á la noche otra diversion semejante, quisiera que me enseñáras un juego bueno y de todo gusto, pero es preciso que yo le mande; y estoy muy bien persuadida, que eres capaz para inventarle, y que sabrás algunos, que sean de tu gusto y de diversion.

Marc. Ay señora, que las plantas silvestres nunca crian fruto doméstico. Y yo, que vivo en una montaña, mal puedo inventar cosa digna, que corresponda á la persona de una Reina como V. Mag. Los que sé, discurro no serán como yo quisiera.

Rein. No importa, díme uno, que yo estoy contenta y satisfecha, siendo tuyo.

Marc. En un todo debo obedecer y dar gusto á V. Mag., y no obstante que os diga cosa que en mí será comun y muy ordinaria; pero saliendo de vuestra boca se apreciará y se celebrará infinito, y la esperiencia nos lo enseña, pues aunque los grandes señores digan algun desatino, le abrazan los demas tan placenteros, como si saliera de la boca de un oráculo, y le interpretan por una sentencia muy docta; no obstante deseo que me deis tiempo para daros el enigma del juego que me pedis.

Rein. Una persona tan capaz, como tú, pide tiempo para pensarlo? Yo creo que haces burla de mí.

Marc. Yo hacer burla de una persona tan

sagrada? No se diga esto de mí. Soy muy agradecida, y como dije poco tiempo hace en la presencia del Rey, siendo yo una pobre infeliz, tengo presente, que con tus dádivas he llegado á gozar grandezas, á correspondencia de la calidad de mi tierra y de mi persona.

Rein. Este es el fruto que produce el mundo, el que un pobre se ponga rico, y al contrario en otros, que de rico pase á pobre. No sabes tú aquel proverbio, que dice:

Este mundo es escalera,
que uno acierta y otro yerra?

Marc. Mi marido Bertoldo solia decir, figurando el mundo:

La carne en el garabato
huele el perro, y mahulla el gato.

Y para decirlo mas claro, unos arriba y otros abajo; y á este propósito se me previene una moralidad de la zorra y el oso.

Rein. Deseo que la refieras, y despues volverémos á nuestro discurso.

Marc. Accidentalmente pasando un dia la pícara y astuta de la zorra por un patio de cierto caballero, se subió sobre una cisterna, la que estaba con muy poca agua por una sequedad grande que se padecia: casualmente se puso la zorra á mirar á lo hondo de ella, y descubrió una gran cantidad de pesca, que se mantenia con la poca humedad

que habia quedado; llevada de su apetito de gula, pensó su astucia en bajar abajo; vió que habia una cadena con dos cubos, se abalanzó á uno de ellos, y con el peso de ella prontamente bajó á abajo, y se hartó de pesca, como se suele decir, hasta la garganta: despues que se vió saciada, se acordó cómo se habia bajado, y se persuadió que seria lo mismo para subir arriba; pero el juicio le salió muy al contrario, porque no pudo subir de ningun modo: hallándose en esta afliccion, empezó á quejarse amargamente consigo misma. Ay infeliz de mí, decia, y lo qué he hecho! Creí hacer una cosa buena, y me ha salido muy mala: desgraciada de mí! Qué haré? Quién me librará de este cautiverio? Si los dueños vienen, y por desgracia me hallan aquí, sin duda dirán que me he comido la pesca, y me la harán echar á palos del cuerpo, como suelen decir, que el que se comió las velas, vomite los pábilos; y si por desgracia vienen á limpiar la cisterna, y me hallan aquí, pereceré sin duda.

Miéntras que la zorra hacia todos estos estremos, pasó por allí un oso su pariente, la conoció en la voz, acercóse, y se asomó á la cisterna, y viéndola allá abajo, le dijo: Por qué te quejas? te has caido, ó no puedes subir? Cuéntame lo que te ha sucedido, que deseo ayudarte en tan gran necesidad. Entónces estuvo pronta á la astucia la maliciosa zorra, y en estos términos se esplica:

Querido, amado y pariente mio, sabes por qué me quejo? Es por el caldo que está demasiado gordo, quiero decirte, que he venido aquí abajo, he comido tantos peces, que estoy llena hasta los ojos. Replicó el oso: y por eso te quejas? Añadió la zorra: No me quejo de lo que he comido; pero me pesa mucho de lo que dejo. Dijo el oso entonces: Hay muchos? Y muy pronta dijo la zorra: Se pueden cargar mas de diez acémilas. Oyendo el oso esto, dijo: Quiero yo tambien bajar, y darme una buena panzada, y sacar mi barriga de mal año; díme, de qué modo has bajado tú? La zorra le enseñó, diciendo: Haz lo mismo que yo hice, agárrate á ese cubo, y bajarás con ligereza; pero mira no sueltes las manos. Tan presto y liberal fue para agarrarse con el consejo de la zorra, que con la misma ligereza cayó abajo, sin considerar su fin. Al mismo tiempo se metió ella en el cubo que estaba abajo, y como el oso era mas pesado con mas violencia subió arriba, la cual viéndose arriba puesta en salvo; dijo al oso su pariente: A Dios, amigo, hasta la vista que discurro que no me verás ya mas. Por esto se puede decir con certeza que unos suben y otros bajan; con que aplicando el cuento, moralizándole, digo, que tal vez cuando una persona se halla en la mayor pobreza, asciende á las felicidades mayores, como sucedió á la zorra, que despues de haber saciado su apetito, quedó con-

tenta y victoriosa, burlándose del mundo; y á otros les sucede lo mismo, que esperimentó el pobre oso que dejándose engañar y llevar de una vil golosina, acaban su vida en necesidad estrema.

Rein. Me has dado sumo gusto y contento con la fábula que has referido, y solo tu agudeza pudiera traer las cosas tan prontas, adecuadas y al caso; pero dejando esto, y volviendo á nuestro asunto antecedente, lo que quiero es, que me enseñes un juego de prendas, en que el que perdiese la pague, y para volverla á cobrar, se le ha de dar la penitencia de descifrar alguna cosa dificultosa, ó un equívoco, y en suma otras muchas penitencias muy discretas que hay; y si no lo aciertan, suele haber un rato de fiesta, de pasatiempo y de chanza.

Marc. Pues quiero enseñarte uno, que yo espero será muy aplaudido de todos los concurrentes; y es juego que vió Bertoldo hacer á unos caballeros, cuyo título es

LA MUSICA INSTRUMENTAL.

DECLARACION DEL JUEGO.

Los jugadores y jugadoras no han de ser mas que doce, y cuando menos ocho; cada uno ha de tomar uno de los infrascritos instrumentos, y aquel que escogiese, le ha de imitar con la boca y con las manos, y despues que le haya imitado con su instrumento, tomará otro de los compañeros.

JUEGO Y NOMBRES DE LOS INSTRUMENTOS.

Primero	*La Espineta.*
Segundo	*Archilaud.*
Tercero	*Guitarra.*
Cuarto	*Violin.*
Quinto	*Bajon.*
Sexto	*Chirimia.*
Séptimo	*Trompeta.*
Octavo	*Tambor.*
Nono	*Corneta.*
Décimo	*Flauta.*
Undécimo	*Viola.*
Duodécimo	*Trompon.*

Aquel que hiciese el juego, dirá, por ejemplo, *dirindin* con *tu espineta.* El de la espineta responderá con su instrumento y despues tocará uno del de los otros, el que le pareciere, y dirá de esta suerte:

Dirindin con *mi espineta y trapatá* con *tu tambor:* el que tuviese el tambor responderá al instante.

I.	*Dirindin*	la mia ó tu espineta.
II.	*Tronc, tronc*	el mio ó tu archilaud.
III.	*Trinc, trinc*	la mia ó tu guitarra.
IV.	*Si, ri, si, si, ri, si*	el mio ó tu violin.
V.	*Virivi, virivi*	el mio ó tu bajon.
VI.	*Tarantan, tarantan*	la mia ó tu chirimía.
VII.	*Tará, tará*	la mia ó tu trompeta.
VIII.	*Trapatá*	el mio ó tu tambor.
IX.	*Curici*	el mio ó tu corneta.
X.	*Fis, fis, fis*	el mio ó tu flauta.
XI.	*Vion, vion, vi*	la mia ó tu viola.
XII.	*Fu, fu, fu*	el mio ó tu trompon.

Todo aquel que faltase pagará sus prendas del modo que se advierte.

Cuando le llamasen, si no responde presto con su instrumento, pierde; es á saber, si falta en cantar el verso, y si dice *tuyo* en lugar de decir *mio;* y cuando no se imita con las manos su instrumento ó del compañero; advirtiendo, que si los instrumentos son de voz aguda, se imitará con su voz sutil, y los de las voces gruesas, se han de imitar á correspondencia; y el que faltase á esto, pagará una prenda: y por esto dice el proverbio, que todo cansa en este mundo, y que todo juego tanto mas gustoso es, cuanto tenga de mas breve. Segun cada uno va poniendo su prenda, saldrá del juego; y cuando los jugadores tengan perdidas seis prendas, estas se las darán á los vencedores, y para hacérselas cobrar, despues que haya salido del juego, es preciso que otro le llame á su instrumento, y este torna al juego, y recupera su prenda; y aquel que ha errado, depone la prenda, y sale del juego.

Rein. Quedo muy enterada; y paraque veas si es cierto, me esplicaré segun mi parecer. Aquel que guia el juego, debe cantar con la boca, y con las manos imitar el instrumento; y los del juego, á aquello que oigan pronunciar, responderán presto con su instrumento, y aquel mismo ha de proponer otro el que le pareciere; y de esta manera se

seguirá con las demas condiciones, que me has dicho, las cuales conservaré en mi memoria. Pero si por acaso yo llegase á ser uno de los vencedores, quisiera que me enseñáras una dificultad para mandar descifrar al dueño de la prenda.

Marc. Está bien. Cómo haria V. Mag. para partir veinte en cinco partes, y que cada partida quedase en número desigual, ó por mejor decir en nones?

Rein. Yo tambien he estudiado un poco de Aritmética; espera que haga el cómputo, á ver si me sale bien: 1357, sobran 4; no sale: 3333, sobran 8; peor: 3573, sobran 2; tampoco. Cuatro veces cinco veinte, que son partes: no es posible partir en cinco partes, y que queden en nones.

Marc. Véase con qué facilidad lo he de poner en claro, y partir veinte en cinco partes, y que queden en el número de nones: háse de partir la palabra en esta forma:

VENTI.

1 2 3 4 5

NOTA.

Quédase en idioma italiano la palabra VENTI, *por dejar el enigma perfecto; el que no lo estaria si se pusiera en nuestro castellano, por ser en él mas abundante de letras dicho término; y como rigurosamente ha de quedar en cinco partes, es necesario dejarle*

en el italiano VENTI, *que equivale á nuestro* VEINTE *castellano.*

Ya está desatada la dificultad, y discurro que es bastante enigmática.

Rein. Es que es muy discreta, y me ha gustado; y quedo enterada, persuadiéndome que saldré con aplauso de mi empresa, y que te daré las gracias: y ahora, pues no hay mas que hacer, véte á ver á Cacaseno, porque el pobrecillo te estará esperando impaciente.

CAPILLA ALFONSINA